

corte, de preciosos embutidos las armaduras, aquel espectáculo sobrepusó á cuantos diera en su larga vida de cómico y farsante Nerón. Por un capricho de su imperial arbitrariedad, dió después de la representación matinal en el teatro un almuerzo babilónico al aire libre, y después del almuerzo babilónico una carrera de carros, en la cual ostentaba el gorro y el uniforme verde. Después concedió públicamente autorización para restablecer y reedificar la ciudad de Artajarta, que uno de sus generales había destruído, como Alejandro destruyera la capital de los fenicios y Escipión la ciudad de los cartagineses. El rey de Armenia se mostró agradecido, y cuando volvió á su Estado, publicó un decreto disponiendo que la capital de su reino se llamara desde aquel entonces Neronia.

Las grandes inclinaciones del emperador á las artes plásticas le desacreditaban mucho entre los romanos, los cuales decían vulgarmente que Roma idolatraba los ídolos, pero no sentía estimación alguna por aquellos que los tallaban y los componían. La retórica, la filosofía, las letras aparecían muy dignas de respeto en su estima; pero no la escultura, no la gimnasia, no la música. Arte de gréculos, como si dijéramos de siervos, no podía placerles, y si les placía, de ninguna manera honrarles. Cuando se vieron á una convertidos en comparsas de Nerón, se capuzaron todos en las conjuraciones más tremendas para hurtar el cuerpo y no contribuir á un ejercicio que los manchaba y los envilecía. Sin embargo, la música, por quien el emperador Nerón se perdía, gozaba más favor como hermanada con la poesía. En el sentir antiguo, versos y cuerdas formaban como un enlace de armonía estrechísimo. Los idilios iban acompañados de música muy suave, y Nerón solía, no sólo decirlos, cantarlos y aun buscarlos en sus esparcimientos artísticos. Unas veces se disfrazaba de dios Pan soplando en el caramillo, y otras veces de Safo tañendo la cítara que consonaba con sus sáficos en artificioso salto de Leucades. Hasta hubo vez que se vistió de sacerdote asirio para tocar la gaita caldea. También le placía mucho el arpa y especialmente los coros. Decía Séneca en su lenguaje de antífrasis que había en los espectáculos neronianos número de cantantes superior al número de oyentes. Y para lo que más empleaba la música también el emperador era para las pantomimas, en cuyos gestos lascivos buscaba un alimento á su lujuria. La obs-

cenidad se mezclaba en tales términos á la vida de Nerón, que no quería él artes soberanas y señoras, las quería completamente rebajadas y prostituídas. No eran sus reinas, eran sus barraganas. Sin embargo, tan iluso aparecía y tales engaños respecto de sí mismo experimentaba, que se creía capaz de ganarse la vida con su voz, y consideraba que lo meritorio en él no era una corona debida en último resultado á la casualidad de haber nacido dentro de la familia imperial; era su arte, que había recibido íntegro y esplendoroso del cielo. ¡Pero si Nerón sólo hubiese cantado! Al pueblo le gustaban más otros esparcimientos y recreos. En los espectáculos de cántico y de recitado tenía que callar el pueblo; en los espectáculos del circo y del anfiteatro despedía su voz y formaba parte integérrima de la fiesta. Por eso añadió á los conciertos músicos y á las recitaciones dramáticas los demás juegos que gustaban al pueblo: rey, los cuales se prolongaban más allá del día y formaban por su frecuencia una parte casi de la vida vulgar y ordinaria. Así el espectáculo se ligaba con la política y se volvía una verdadera cuestión de Estado. El pueblo lo tomaba por un comicio donde intervenía en las cosas políticas, y el imperio lo tomaba por un medio de someter y degradar al pueblo, sabiendo cómo la degradación apareja de suyo el envilecimiento y cómo el envilecimiento siempre guarda cebos á la tiranía y alimenta el despotismo. ¡Terrible caso en verdad el ponzoñoso jugo diluído por las venas del pueblo para corromperlo, en la seguridad evidente de que se correspondían corrupción y servidumbre!

En el valle formado por el espacio sito entre la montaña palatina y la montaña aventina extendíanse los estadios de las fiestas imperiales dadas por Nerón á su pueblo. Allí donde habían jugado en varoniles recreos sobre la espontánea hierba, tirando á la barra y á la pelota, en ejercicios higiénicos, buenos para la salud y propios para mantener la pureza de costumbres con la elevación de ideas los antiguos romanos, maullaban los tigres y panteras en tiempo de Nerón; corría la sangre humana; peleaban por el vil oro los que antes pelearan por la eterna ciudad, y se veían las estatuas, no de aquellos que habían vencido en cien combates, así á los númidas como á los cimbrios, de quienes habían llegado antes á la meta en férvida carroza ó conseguido el premio de ignominiosas competen-



cias. Los rojos y los verdes, los blancos y los azules habían sustituido á los Marios y á los Gracos. Nerón llevaba tan lejos el hábito de frecuentar los hipódromos y el gusto de adiestrar los caballos, que él, tan duro y sanguinario, guardaba las viejas cabalgaduras como si fueran viejos ascendientes, y tenía una corte completa de jinetes y de caballistas. Colocadas las cuadras imperiales al pie del Capitolio, no lejos de la Tarpeya, en sitio próximo al arco flaminio, el emperador se gozaba erigiendo simulacros en mármoles y bronce á los perros más husmeadores, á los caballos más alígeros, á los atletas más forzudos, á los jinetes victoriosos. ¿Cómo no descendían en presencia de tal profanación desde sus pedestales al suelo aquellos simulacros y estatuas de quienes consumieran sus vidas peleando por la libertad y por la patria? Uno de los asuntos poéticos á que Nerón dedicaba predilecciones, era el horrible arrastre del cadáver de Héctor, atado á dos caballos, en torno de las murallas de Troya, por su correlación estrecha con las carreras y con los circos ecuestres. Desde su niñez el emperador se inscribió entre los verdes, y desde la niñez le interesaron más las luchas de este su partido en el anfiteatro con los rojos, que las luchas de sus generales en la frontera con los bárbaros. A veces hacía que todo fuera en los combates aquellos de verde color, desde los trajes del público hasta el color de las arenas sembradas en el circo, á las cuales mezclaba partículas de oro puro y pajillas de transparente cristal. Y pasaba el día entero en estas distracciones hasta disponer que hubiese veinticuatro carreras por día en muchas ocasiones y que tomaran partido por uno de los bandos y su respectivo color las personas más autorizadas y más conspicuas. Los senadores, imposibilitados de tratar las materias legislativas, trataban las materias ecuestres; los ciudadanos, despedidos del comicio, se agrupaban en el anfiteatro según sus respectivas preferencias; y bien puede asegurarse superaban en importancia y en influjo á los Escipiones y á los Camilos y á los Cocles. representados en el mobiliario y en el Senado patrios, un flautista, un cochero, un atleta, un gladiador. Sabido esto, no parecerá exageración de poeta el indignado dicho de Juvenal asegurando que Roma se conmoviera más de haberle comunicado una derrota de los verdes en el circo que si le hubieran dicho se había perdido nuevamente la batalla de Cannas

y rugía sediento de venganza el africano Aníbal á las puertas del Capitolio.

¿Y los gladiadores? Importación etrusca, lígase con los reyes este bárbaro espectáculo. Nunca lo conoció la República en los buenos tiempos. Si había hombres inmolados en los funerales, era como un resto de los antiguos sacrificios humanos litúrgicos que sobrevivieron á la mayor extensión de cultura y sobrenadaron en la corriente y curso de los tiempos. La fiesta de gladiadores, la sangre tomada como un aroma, el combate como un drama, la muerte como un recreo, no aparecen hasta después que ha tocado Roma la última decadencia. Bajo tal estado terrible, no solamente daban estas carnicerías en festejos los jefes del imperio y los altos magnates del patriciado; dábanlas simples particulares cuando eran verdaderamente ricos. Nerón, aunque no tan aficionado á estas como á otras clases de espectáculo, llegó en sus exageraciones y demencias al punto de construir en ámbar todos los enseres necesarios para las fiestas de gladiadores. Además difería mucho de los antecesores en la calidad y número de combatientes, pues unas veces arrojaba sobre las arenas esclavos nubios de uno y otro sexo, mujeres solas que luchaban entre sí con tanto furor como los hombres, y hasta niños. Las escuelas de gladiadores veíanse llenas de gentes poderosas y nobles, que presenciaban el ensayo de los ejercicios, no faltando damas capaces de yacer con los más hermosos, y citarlos á gabinetes apercebidos y dispuestos para esta clase de goces en la escuela misma; las efigies suyas resaltaban en los jarros y en los relieves y en las piedras duras, componentes de anillos y collares, así como en los mosaicos de las salas y estrados más prominentes, que presentaban sus figuras y sus nombres cual un ornato verdadero; el ojeo para cazarlos y el mercado para venderlos aparecían permanentes, formando los ojeadores un ejército de caza y los ojeados y asidos otro de siervos, pues Augusto, entre los césares uno de los más sabios ó severos, había inmolado diez mil en sus festejos; las preseas y los arreos, que tanto encantaban los ojos, lucían en almacenes cercanos á las áreas y gustaban mucho por ser cadenas doradas unas veces, hierrecillos preciosos rematados con botones que al fuego se calentaban y enrojecían, cascos concluidos por plumajes de muchos colores que ondeaban al aire como



alas de pintadísimas aves; la disciplina en que vivían se asemejaba de suyo al cuartelamiento y á la claustración, como las materias de que se nutrían hallábanse dispuestas para prestar á los cuerpos sangre, mucha sangre que derramar sobre los pavimentos; poseían una gran tristeza, pues hermanándose con sus compañeros hasta la identificación, veíanse luego forzados y constreñidos á herirlos é inmolarlos sin piedad alguna; grandes anuncios señalaban el día de la fiesta, y banquetes que podríamos llamar fúnebres se daban la víspera, en que acostumbraban los infelices á recitar una especie de oral testamento, y pedir con lágrimas y sollozos protección y amistad para los deudos y para los amigos que debían dejar sin recursos y sin amparo en esta vida; nubes de merodeadores y chalanes los circuían, tentándolos para cerciorarse de su robustez, midiéndolos para saber su estatura, clasificándolos para describirlos en pregones y subastas, porque la generalidad de los luchadores hallábanse á la continua en venta; maestros de sabia esgrima destinados á dirigir sus ejercicios y médicos destinados á sostener sus fuerzas los instruían en gimnasia y les ordenaban una especie de higiene instintiva, engordándolos para la muerte, cual nosotros engordamos los cerdos; las armerías para los instrumentos de su combate y las fraguas para forjar sus hierros y los grandes hospitales para recogerlos, si las heridas permitían cura, y los pudrideros para enterrarlos eran enormes y formaban como una cintura de grandes edificios alrededor de los circos; las paredes exteriores del edificio relucían bañadas con betunes multicolores, en los cuales resaltaban, al fresco pintados, juegos diversos, donde no se velaba con disminución de ningún género el horror de aquellas carnicerías y matanzas; de trecho en trecho extendíanse unas capillas dispuestas en cordón, á cada uno de cuyos ingresos había dos columnas muy gallardas, coronadas en su techumbre con trofeos guerreros; por todas partes veíanse novicios en el arte, discípulos de los veteranos, aprendices del oficio, ensayándose á matar unos en otros, ó bien metiendo sus espadas y puñales en el vientre de maniqués y peles; la escuela y la instrucción y la costumbre y la enseñanza y aquellas disposiciones varias que curaban desde la instrucción hasta la limpieza y el aseo, adiestrábalos al oficio, como se adiestran los halcones á la caza y los toros á la lidia, en términos de pedir el

hedor de la carne muerta como necesidad de su vida cuando tardaban mucho en expedirlos al combate y al asesinato; nerviosos unos y sanguíneos otros; valerosísimos de temperamento y robustos de compleción todos, ni las heridas les dolían, ni la muerte les amedrentaba, atisbando con ojos avizores, acometiendo con rabioso furor, matando con crueldad hasta cebarse con ensañamiento en su víctima sin haberla odiado nunca; la fiesta comenzaba por un desfile magno, en que los combatientes blandían sus espadas, cuyos filos lanzaban como centellas y chispas, saludando primero al César, luego al sacerdocio, después al Senado, por último al pueblo que pagaba los saludos con aclamaciones delirantes, cuyo fragor apagaba los sonos de las músicas; los vestiarios, casi desnudos, especie de animadas estatuas, iban á la cabeza, de sus tridentes armados, con los cuales jugaban, poniéndose á una en actitudes escultóricas; tras ellos los secutores, sus contrarios forzosos, cargados con todos los utensilios indispensables á la caza de hombres, desde los lazos en que caen los brutos hasta puñales que se clavan en el corazón de los hombres; tras los secutores, el grupo de los samnitas, cubiertos de pies á cabeza por sus escudos como las tortugas por sus caparazones y enmascarados por sus viseras, extrayendo las armas cual extraen sus áspides las víboras; tras los samnitas, los tracios, formidables por sus espadas; tras los tracios, los hospitles, encerrados en férreos cuerpos parecidos á organismos animados y ambulantes; tras los hospitles, los jinetes, caballeros en monturas aligeras y vibrando en sus manos lanzas parecidas á fulminantes centellas; tras los hospitles, los esedarios en sus carros de guerra; todos los cuales corrían unos tras otros persiguiéndose y matándose, ya en grupos numerosos, ya en formidables encuentros, obligados á cebarse porque les aguardaban al par de las execraciones públicas, semejantes á una maldición colectiva, los botones de fuego asestados á sus carnes, impeliéndolos adelante hasta que la sangre salía por los poros á borbotones, las tripas y demás entrañas manchaban el suelo, caían unos maltrechos y malheridos, agonizaban otros con estertores dulces ó violentos, quedaban los más exánimes y circundados por siervos negros, vestidos de rojo, que ocultaban las horribles asquerosidades de la matanza con paletadas de arena y asestaban algún golpe de gracia final, hasta cierto punto



misericordioso, pues en definitiva los remataba para siempre, recogiendo sus cadáveres enterradores vestidos de Mercurio, el dios que lleva las almas á los infiernos, hasta que, después de haber el público vociferado y pateado y puesto sus cinco sentidos en aquel exterminio de vidas plenas asaltadas por muertes súbitas, íbanse todos hastiados, dejando lagos de sangre por doquier y montones de carne que debían llenar aquel suelo romano de miasmas y de maldiciones sin fin, cuyos efluvios iban sobre sociedad tan proterva condensando una espantosa catástrofe.

A estas luchas bajaron en varias ocasiones altos patricios, impedidos por terribles decretos de Nerón. Y no eran las únicas cruentas. Celebrábanse luchas de animales en que, ó bien éstos mutuamente se dentellaban y herían, ó bien se juntaban al olorillo de la carne humana y se comían varias personas lanzadas á su voracidad en el florecimiento de su vida. Otras veces, cazadores muy diestros cazaban las fieras en presencia de Nerón. Distinguíanse los partos en tales cacerías por sus flechas, y por sus lanzas los moros. Jabalíes de Lucania, osos de los Sabinos montes, avestruces del Nilo, toros de nuestra España, elefantes de India y monos de Mauritania, hipopótamos y leones y panteras ofrecían diversos y seguros blancos á los arqueros y demás diestros matadores. Hasta nueve mil bestias quedaban tendidas en aquellos ojeos espantosos que á veces duraban semanas seguidas y aun meses. Lo cierto es que Roma despobló de sus animales el Africa de tal tiempo y entró á tala y á ojeo continuos en Asia para despojarlo de fieras que llevar á sus ensangrentados redondeles. Muchos despojos de tales cazas pertenecieron á particulares; mas los leones y los elefantes, á emperadores tan sólo. No faltó entre éstos quien echara vivos en tiempo de hambre sus esclavos á sus panteras. Las jaulas se levantaban sobre pilotes en tanto número que parecían componer ciudades con calles y plazas y todo. Alguna vez llevaron los césares sus regocijados caprichos al extremo de vestir á las damas de ninfas que circulán con sus arcos á Diana y cazaban como en las edades mitológicas. Lo que más gustó á Nerón fué un tinte general de diversos colores dado á las especies que á su fiesta destinaba. Viéronse bueyes pintados de cal blanca, borregos teñidos de color púrpura, leones de doradas guedejas, avestruces

parecidos á grandes monstruos metálicos á causa del cinabrio con que cubrieran sus plumas. La doma de animales carniceros y la domesticación de animales bravos eleváronse á la categoría de verdaderas artes. Veíanse muchachos jugando sobre las espaldas de toros bravos que corrían veloces y saltaban alegres sin derribarlos nunca; ciervos ensillados y enfrenados á guisa de caballerías y soportando jinetes á pesar de su inquietud; panteras al yugo sumisas como bueyes, y antílopes enrabiados como tigres; grullas combatiendo cual si fuesen fieras, y leones amansados cual si fuesen perriillos de faldas; monos que danzaban al compás como los bailarines litúrgicos, y elefantes que solían escribir latín. Llegando la insania de aquel tiempo á holgarse con toda suerte de crueldades, solíanse presentar al diente de las fieras personas desnudas para que las devorasen, y representar con tal verdad la tragedia, que ardía el techo y perecían carbonizados los actores cuando abrasaba Medea el palacio de su rival. Bajo el suelo había tantas máquinas y artificio, que surgió en una ocasion grande navío con jardines en los cuales revoloteaban encadenadas aves del trópico y palmerales bajo cuyas palmas rugían fieras del desierto. Nada tan divertido como ver á las panteras merendándose con apetito en el anochecer varios vivos y palpitantes cristianos. Y cuando se cansaba de los espectáculos terrestres Nerón, surgían espectáculos marinos muy variados, en que los monstruos oceánicos jugaban y en que reían los romanos amigos de presenciarse la muerte, agonías y ahogos y asfixias donde hallaban las emociones terribles requeridas por ellos de tales fiestas. Y en ellas, heridos unas veces, puestos otras sobre ardientes braseros, machacados bajo moles pesadísimas, enterrados vivos, cubiertos de pez, como los cristianos, y ardiendo, por los dientes y por las uñas de feroces alimañas desgarrados, morían los patricios faltos del valor necesario para desarraigarse de la tierra el maldito cesarismo que así los destruía y con tal infamia los entregaba deshonrados á la posteridad.